

ESHKOL NEVO

Los amores solitarios

Traducción del hebreo
Eulàlia Sariola



Duomo ediciones

Barcelona, 2015

Para Anat

1

Podría esperarse que una historia como esa corriera de boca en boca, que se hablara de ella en los rellanos o en las alcobas, que se la describiera con toda clase de detalles de generación en generación, pero resulta que cuando ocurrió todo, y a pesar de que hubo testigos, testigos visuales, la gente no habló de ello ni en hebreo, ni en ruso ni en inglés americano; parecía que el corazón se les había cubierto con copos de tiempo, como si los minutos se hubieran amontonado sobre los segundos como si se tratara de nieve. De todos modos, nadie iba a creerles.

Pero si, es un decir, a media noche alguien colocara una escalera contra el muro occidental del edificio del ayuntamiento y con piernas ágiles se encaramase por ella, peldaño tras peldaño, y con mano decidida empujara la ventana adecuada, no hay necesidad de romperla; a Reuben, el del archivo, le gusta dejarla entreabierta para que corra la brisa, y sin demora le diera al interruptor, encontraría en la segunda hilera del estante inferior la carpeta «Donaciones 1993-94», algo deshilachada en los bordes; en ella, una vez la hojeara un poco, encontraría a su vez una carta oficial de Jeremiah Mendelstorm, Hilborn, New Jersey, dirigida al alcalde de la ciudad.

Hay que advertir que la carta, aunque oficial, no es en absoluto breve. Parece que a Jeremiah Mendelstorm le ocurrió lo que a menudo les ocurre a aquellos que, atraídos por la escritura, son absorbidos por la pluma; acaso, quizás, también contribuyó a ello la

soledad, la causante de todo. Así que, aunque la intención original es formular una breve y determinada propuesta, el señor Mendelstorm se entrega en las dos primeras páginas y sorprende con la descripción de la imagen de la difunta señora Mendelstorm; las líneas que escribe no son breves ni medidas, sino largas y sinuosas como la nostalgia; no se contenta con frases gastadas, la mujer virtuosa, la mujer fuerte, quién la hallará, etcétera, sino que vierte en el corazón del lector pequeñas penas de su vida en común, como el primer y desconcertante encuentro en una circuncisión en casa de los Frisbergim, la manera en que ella se mantuvo algo apartada, incapaz de mirar el momento de la incisión, y el modo en que él volvió la cabeza para mirarla, pues no estaba dispuesto a perderla de vista. Después, al cabo de un año, durante una excursión que hicieron desde West Village hasta Huston, ella le comunicó sus sueños con estas palabras: es muy importante para mí que sepas que no soy de esas que pasean con su amado por la ribera del Hudson y hacen alarde de sus sueños sólo para, unos meses después, quedarse embarazadas y renunciar a todo; él dijo *God forbid*, Dios no lo quiera, de ningún modo, pero en su fuero interno estuvo orgulloso de ella porque en realidad fue la primera vez que le dijo, a su manera, que lo amaba. Los cuarenta años siguientes mencionó su amor por él sólo en contadas ocasiones, aunque cada vez que lo hizo fue con plena conciencia, como una plegaria y, entre una vez y otra, lo dejaba esperando hasta la próxima y ahora, después de su partida, encontraba sumamente penoso no tener nada que esperar. Sí, a menudo conseguía verla reflejada en la mirada de sus hijos y también en una nieta, la hija pequeña del primogénito que sonrío y arquea las cejas cuando se asombra exactamente como ella, aunque América no es Israel, *you must understand*, usted ya me entiende, en América, las familias son pedazos de cerámica rotos, no pedazos de puzle, y entre la fiesta del Año Nuevo Judío y la cena de Pascua, los días se suceden unos a otros; incluso ahora ya no lo motivaba el dinero, por el que tanto había trabajado años atrás día y noche para po-

der acumularlo, así que, por eso, precisamente por eso, se le había ocurrido una idea: perpetuar la memoria de su amada dedicando a su nombre un *micvé*¹ que construiría en la Ciudad de los Justos, un viaje que la señora había planificado y adónde terminó yendo él solo, el verano anterior; habían comprado ya los billetes y la *Guía completa de las tumbas de los justos* en la traducción inglesa, por supuesto, pero el domingo, mientras hojeaba el periódico del fin de semana, oyó un ruido apagado en el dormitorio, como un puño golpeando un saco.

No quiere detenerse en aquel momento. Quizás nunca lo podrá hacer. En lugar de eso, lo que quiere es llegar al meollo del asunto.

Según lo expresó, su intención era donar a la Ciudad de los Justos un nuevo micvé con todos los gastos incluidos con una sola condición, que tampoco era una condición sino más bien la esperanza que en ella latía como late una vela en su palmatoria: que en la puerta de acceso al edificio hubiera una placa con el nombre de su mujer; el edificio tenía que estar terminado el próximo verano, cuando él, según tenía previsto, llegara a visitar el nuevo país, si es que ésa era la voluntad de Dios.

* * *

Desde el día en que con la kipá puesta ascendió a la Ciudad de los Justos, Moshe Ben Zuck intentó con todas sus fuerzas verse a sí mismo como un hombre que, habiendo nacido de nuevo, contempla las viejas pasiones desde una distancia segura. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, quedaba aún algún residuo de sus desolados días en el kibutz como oficial de inteligencia cuyas costumbres secretas son sabidas por todos: seguía recopilando mapas, tarareando melodías de Shalom Hanoach, fumando un Noblesse

1. Es el espacio donde se realizan los baños rituales de purificación que prescribe el judaísmo. (*Nota de la traductora.*)

después del almuerzo y apartando con la mano el aroma de Ayelet que le subía hasta la nariz.

El perfume de Ayelet no se parecía a la canela. Ni tampoco al de un champú determinado. Era, simplemente, el perfume de ella. Y siempre, aunque sabía que no era posible, pero qué diablos, cuando el olor le llegaba a las fosas nasales junto al estante de los lácteos en el supermercado, cerca de los columpios en el parque o, por obra del diablo, en la sinagoga, él lo expulsaba tajantemente con la mano pero los ojos, los ojos, los ojos seguían buscando, quién sabe qué.

Esta mañana, el viento hibernal que penetra en su coche lleva el perfume de Ayelet. Cierra enseguida la ventanilla, lo que agrava la situación. Se queda atrapado con el aroma, a solas con él. Así que abre de nuevo la ventanilla e intenta expulsarlo con una mano; mira por el espejo lateral, por el retrovisor, de nuevo por el lateral; aunque realmente no hay ninguna posibilidad, ay de mí si regresa; finalmente fija la vista en la carretera y pisa el acelerador. Sabe que lo mejor es llegar cuanto antes al trabajo. Lo más rápido posible. Allí podrá meter la nariz en los problemas ajenos.

Como ayudante personal del alcalde de la ciudad, Ben Zuck disfruta de un despacho de amplias paredes que él carga con mapas o planos de toda clase, como el Mapa de las sinagogas, el Mapa de los estudiantes de la Torá, el fascinante Plano de la Subvención Anual y otros mapas totalmente innecesarios, diseñados nada más que por su pasión a la cartografía, como el Mapa que agrupa los Subaru según los modelos de cada año, o el Mapa de las Excentricidades Urbanas.

Llega antes que nadie a las reuniones semanales del Consejo y cuelga de antemano los planos y las transparencias para poder usarlas en plena discusión, por casualidad ya las tenía preparadas, y lo mismo hace en la reunión dedicada a la carta del benefactor viudo Jeremiah Mendelstorm.

Ésta es la auténtica situación actual, dice Ben Zuck saltando de su asiento y golpeando con un corto puntero en un lugar ar-

bitrario, casi en el centro del Mapa de las micvé. Los asistentes tiemblan en sus sillas a causa de la intensidad del golpe. Ben Zuck es un hombre compacto, una cápsula humana en la que se acumulan muchas pasiones encontradas. Los músculos le hacen estallar las mangas de la camisa y la gente cree erróneamente que se entrena con pesas. Tiene ojos penetrantes. Es profundo. Arde en una llama perenne. Tiene las mejillas hirsutas. No por descuido, sino porque al poco de afeitarse vuelve a crecerle el pelo.

Desafortunadamente, Ben Zuck sigue paseando el puntero por el mapa y con toda su voluntad responde a la solicitud del honorable patrón:

No nos queda un solo lugar en la ciudad para otro micvé. La cantidad de ellos por metro cuadrado es el más alto en el mediterráneo oriental. Y también, como ya se ha mencionado antes, con relación al número de baños rituales por habitante.

No lo comprendo, ¿qué quiere decir «no hay lugar»? pregunta el alcalde con su tono de conferenciante sardónico, recriminatorio, con un deje de violencia.

Tiene también otro tono totalmente distinto, Abraham Danino, el que usa en las citas personales, un tono paternal, tierno, con un deje de confianza. Y aunque hace ya unos dos años que Ben Zuck está cerca del alcalde, todavía no se ha acostumbrado a esas transiciones.

Si no hay lugar, Ben Zuck –ahora Danino tamborilea los dedos en la mesa– vamos a hacerle sitio. Recordad lo que dijo Hezzl: si lo queréis, no será un sueño.

Pero aunque le hiciéramos un lugar, señor alcalde, hay otro problema al que hacer frente, prosigue Ben Zuck mientras coloca una nueva transparencia en el mapa. Como ustedes pueden ver –de nuevo empuja el puntero– por el momento se mantiene un delicado equilibrio entre las distintas corrientes religiosas de nuestra ciudad en términos de la cantidad de baños rituales que pertenecen a cada una. Cualquier adición de un nuevo baño en

la ciudad lo desequilibraría. Por no decir que lo destruiría completamente.

Los miembros del consejo, cuya composición está de acuerdo con el sagrado principio del equilibrio, asienten. Tienen un problema.

Entonces, ¿qué propones?, pregunta Danino y fija sus ojos verdes y tristes en Ben Zuck.

La gente no espera una mirada triste en los ojos de un alcalde. Ben Zuck había visto repetidamente cómo la tristeza en los ojos del alcalde aturdiría a las personas. Especialmente si la veían por primera vez.

No, en serio –reitera Danino, contundente– me gustaría comprender cuál es tu plan, Ben Zuck. ¿Decir a Mendelstorm que no queremos su dinero? ¿Que lo coja y lo done a otra ciudad?

La verdad sea dicha; si miramos el mapa..., comienza a decir Ben Zuck mientras coloca otra transparencia en el mapa.

¡Déjate de mapas, Ben Zuck!, grita el alcalde mientras hunde las manos en los bolsillos del pantalón.

Mientras que la mayoría de los asistentes tiende a meter el pulgar en los pantalones y dejar fuera la palma de la mano, Abraham Danino mete los cuatro dedos hasta que casi, o tal vez sin casi, toca los genitales y deja fuera sólo el pulgar. Alza la voz ante su ayudante y mueve el pulgar sobre la hebilla del cinturón. ¡So-lu-cio-nes!

Cuando le grita, Ben Zuck enmudece. Se encoge hasta llegar al tamaño de un niño forastero en el kibutz. Uno de aquellos a los que, en la cascada del río Yehudia, se les dice: salta, vamos, salta. Uno que no se escoge como compañero para jugar al fútbol aunque no sea tan malo. Que cae en la letrina el primer día de actividades nocturnas y siente vergüenza de pedir ayuda porque ya sabe qué dirán de él. Uno de esos que prefiere callar porque, aunque tenga ideas magníficas, sabe que los demás reaccionarán despectivamente.

Un momento, si se me permite, ¿qué hay de aquel terreno baldío?, pregunta de súbito el representante del Ministerio del

Interior, un hombre humilde y respetable, enviado hace dos años desde la Ciudad Santa para salvar la situación irregular de las finanzas de la administración del ayuntamiento.

¿Dónde?, Ben Zuck fustiga el mapa con el puntero. ¿Aquí? ¿Aquí? ¿Aquí?

El representante del Ministerio del Interior se levanta de un salto de la silla y pone un dedo en la tierra de nadie entre la ciudad y la base militar. Y la verdad es que allí no hay nada. Está libre de baños rituales. Absolutamente.

Entonces, Ben Zuck deja el puntero apoyado en la pared, ¿de verdad quieres construir un micvé en Siberia?

Todos los presentes sonrían. Menos el alcalde, que sacando la mano del pantalón da un puñetazo sobre la mesa y dice:

Es exactamente lo que haremos con la donación de Mendelsform. Levantar el primer baño de la historia en Siber... en el barrio Manantial del Orgullo. Y se derramarán manantiales afuera. Y un redentor vendrá a Sión.

Pero..., Ben Zuck está asombrado, ¿qué tienen que ver ellos con el baño ritual...? Ellos ni siquiera son... no es seguro que sean judíos.

Ben Zuck, Ben Zuck..., el alcalde deja ver una sonrisa paterna, nadie como tú sabe que nunca es tarde para reafirmarse. Acércate allí mañana y encuentra un lugar apropiado.

Pero Abraham, es decir, señor alcalde, allí hay mujeres mayores, ya han pasado la edad de...

Pues que haya también una sección masculina. Espero que este micvé esté construido antes del verano, Ben Zuck. Tal y como lo desea el donante.

* * *

El día que los nuevos inmigrantes llegaron a la ciudad, dos años atrás, en las escuelas se interrumpieron las clases a las once. Los alumnos, marcharon en fila recta por la calle principal llevando pequeñas pancartas en las que, en hebreo y en inglés se leía *Deja*

ir a mi pueblo, y también, simplemente, *Bienvenidos*. Muchos desempleados interrumpieron sus tareas diarias para unirse a la recepción histórica y llevaron con orgullo imágenes de los mártires de Sión; los vendedores ambulantes vendían maíz caliente y granizado frío y bajo el carrito tenían botellines de vodka barato, por si los rumores sobre los inmigrantes resultaran ser ciertos. Cinco minutos antes de la convocatoria oficial retumbó la canción *Hava naguila* por los altavoces gigantes, colocados de antemano en algunos balcones, y un grupo de jubilados locales hizo una procesión solemne en primera fila, ataviados con uniformes del ejército rojo alquilados en un almacén de disfraces por cuenta del ayuntamiento. El público, asombrado, les dejó paso unos instantes y el alcalde, que había orquestado todo el evento, observó con gran satisfacción su obra y luego miró más allá de la curva de la carretera para comprobar si ya se acercaban los autobuses.

Durante varios meses, Abraham Danino había ido a indagar a la Ciudad Santa y había solicitado a las autoridades que le concedieran a algunos de *ellos*. Todas las ciudades cercanas habían cubierto la cuota de nuevos inmigrantes, por donde fueran recibían como bienvenida un jarro de agua fría que pronto era reemplazado por un reconocimiento sincero cuando se hacía evidente que traían consigo una amplia instrucción, una ambición vehemente, mujeres de pelo claro y un incremento de las subvenciones. Danino estaba desesperado viendo con sus propios ojos cómo los autobuses salían del centro de absorción rumbo a otras ciudades y no a la suya. Suplicó miles de veces, explicando que precisamente en la suya... debido al clima... se sentirían cómodos. Y que justamente él... es decir, la ciudad... más que otras, necesitaba sangre nueva. Una inyección de energía. Una influencia positiva en todos los sentidos de la palabra.

Fue rechazado una y otra vez. Hasta que de pronto, con la misma arbitrariedad con que todo el tiempo le decían que no, una voz que procedía de las altas esferas, anunció: ha llegado la hora. Dentro de unos meses arribarán a la ciudad autobuses abarrota-

dos de inmigrantes. La fecha exacta se la comunicaremos en su momento.

El alcalde estaba decidido a no dejar pasar aquella rara oportunidad. Ya podía imaginarla: Marina, Olga, Irina, todavía no había decidido su nombre, era la última en bajar del autobús, el pecho erguido, presagio de su cuerpo y, al contrario de los matrimonios que habían bajado antes, ella caminaba sola con una enorme maleta. Su marido había preferido quedarse en Rusia. O mejor, se había congelado en el gulag durante los años del régimen comunista. Ella, Marina-Olga-Irina, ya no era una niña, tenía unas piernas sólidas, unos hombros fuertes, la mirada arrogante, y ambos se necesitaban.

En su fuero interno sabía que no era apropiado. Era inaceptable. Sabía que un alcalde debía concebir empresas de nuevas tecnologías, nuevas inversiones, el impulso de la construcción, pero todo lo que conseguía era imaginarse a él mismo acercándose a Marina, etc. al bajar del autobús, mirándola profundamente a los ojos, cogiéndole la mano suave mientras le decía hola, bienvenida a la Ciudad de los Justos, soy Abraham Danino, el alcalde, a su servicio. Acto seguido le ofrecía llevarle la maleta, ella se negaba con un movimiento enérgico de la cabeza y, sin embargo, decía con un acento fuerte, denso, excitante: no sabía que hubiera caballeros, mal acentuado, en Israel.

¿Y qué pasaría si, Dios no lo quisiera, accediera a que le llevara la maleta? Aquella posibilidad le quitaba el sueño. Después de dos mandatos de comer burekas y cruasanes no estaba seguro de ir muy lejos con una pesada maleta de inmigrante en la mano, por lo que de inmediato comenzó a entrenar. Cada noche caminaba por el sendero de los álamos desde el barrio Manantial del Orgullo, cuyas bonitas casas estaban vacías, hasta la base-secreta-que-todos-conocen, y regresaba. La primera vez que hizo ese camino, tuvo que llamar a su chófer porque, a la mitad, le faltó el aire en los pulmones. Así que compró zapatillas para caminar, pantalón de deporte con una franja a los lados, ordenó al departamento de

construcción que asfaltara el camino abandonado para que fuera más cómodo de andar y pidió a Ben Zuck que lo acompañara.

Sabía que cuando alguien te mira, te esfuerzas más.

Entre paso y paso, su ayudante personal fue sabiendo los detalles de la trama de su vida. Cuando huimos a Israel (señala hacia oriente) bajamos de noche por aquellas montañas. Mi hermano Nisim y yo. Temblábamos de frío. Y también de miedo. Si nos capturan, nos matan. O nos mandan a la cárcel en Damasco. Que es mucho peor que la muerte, créeme. Era en invierno, como ahora. Y empezaba a nevar. Cada pocos pasos uno de nosotros resbalaba por las piedras húmedas y el otro lo ayudaba a levantarse. Cruzamos la frontera al amanecer. Salió el sol y dejó de nevar. Con nuestras rodillas machacadas, nos arrodillamos y besamos la tierra mojada. Hasta ahora, cuando hablo contigo, siento sabor a tierra en la boca. ¿Cuántos años teníamos? Éramos unos niños. Yo tenía trece años y Nisim once. No teníamos padre. Nos abandonó. Regresó a Marruecos cuando éramos pequeños. Tú eres el hombre de la casa. Así me decía siempre mi madre. Aquella noche, antes de salir al camino, me puso una mano en la frente y me dijo tú eres el mayor, el responsable de que no le toquen a tu hermano ni un cabello de la cabeza. Luego, en Israel, nos separaron. A Nisim lo mandaron a un campamento de tránsito y a mí a un kibutz, porque vieron que tenía potencial. Fui un niño forastero, hijo. ¿Por qué crees que te contraté para el trabajo en el ayuntamiento? Créeme, había candidatos con experiencia. Pero me dije: voy a ayudar a ese chico porque a mí nadie me ayudó. Todo lo hice yo solo, Ben Zuck. Con mis dos manos. Así que, si alguna vez me enfado es porque quiero ayudarte, ¿vale? Ya estoy sin aliento, venga, vamos a regresar.

Danino decidió que Ben Zuck y él se alejaran cada día un álamo más hasta llegar al bosque con vistas a la montaña-a-veces-blanca. En efecto, marcha tras marcha, se le fortalecieron los músculos, el pecho se le ensanchó y la fantasía sobre Marina y etc. fue tomando cuerpo. Él la ayudaba a establecerse en la ciu-

dad. Hacía meses que tenían un romance. Una caricia tras otra, el cuerpo compensaba las diferencias culturales. No tenía por qué contarle nada sobre Bebé, por supuesto. Ella sola lo entendería y lo asimilaría sin palabras. Entonces él abandonaría su casa desolada y se iría con ella. No era demasiado tarde para empezar de nuevo. Aún no.

¡La primera impresión es la definitiva!, le repetía a Ben Zuck. Tenemos que ocultar los defectos y resaltar las ventajas. Y sobre todo, tenemos que darles un sentido de hogar. ¿Qué es lo que solicita un inmigrante después de todas las vueltas del camino? Un escabel en el que descansar los pies, un baño caliente para suavizar el dolor de la lumbar. Y una almohada donde colocar la cabeza.

No le costó mucho convencer al contratista de El Manantial del Orgullo para que le arrendara las casas del barrio. Las hermosas casitas que se habían construido con un *estándar elevado y abundantes detalles técnicos*, tal como proclamaba el prospecto y que andaban vacías y sin dueño, todo a causa de las revelaciones milagrosas de un ciudadano, Yeremiahu Itsjaki, en una declaración que publicó en el tablón de anuncios: *Yo, Yeremiahu Itsjaki, residente en el barrio D de la Ciudad de los Justos, a quien el Señor ha concedido ver maravillas y, según me ha sido ordenado, quiero llamar la atención de los ciudadanos sobre la advertencia que he recibido de boca de El humilde Nataniel, el justo, que me lo reveló en sueños; iba de blanco, el rostro resplandeciente como un ángel y me dijo las siguientes palabras: no son buenas las obras que se efectúan en el lugar llamado Manantial del Orgullo. Le pregunté: «¿Qué obras? ¿Y por qué no son buenas a tus ojos?» Me tomó de la mano y me condujo a través de colinas y senderos hasta llegar a las casas del nuevo barrio con sus andamios; entonces me señaló el suelo, la tierra se volvió transparente como si fuera de cristal, debajo había un ataúd y el justo lo señaló diciendo: «He aquí el impedimento. Yo soy El humilde Nataniel, el hombre que está enterrado aquí y sobre mi tumba no se edificarán edificios, según la*

palabra de Dios.» Le pregunté: «¿Qué puedo hacer yo, mi señor?» Y él me respondió: «Advertir a los habitantes de la ciudad y a sus dirigentes de que no se utilice este lugar porque la culpa recaerá sobre ellos y sus hogares y la maldición los aplastará.» Estas palabras no le sirvieron para nada al contratista que confiaba en los documentos oficiales, los cuales decían que antes de construir habían examinado perfectamente el terreno sobre el que se asentaba el barrio y se habían cerciorado de que no había allí ninguna tumba y durante la obra no se había encontrado ni un sólo ataúd. Tampoco sirvió para nada el anuncio oficial del Comité de Salvaguarda de Tumbas Antiguas porque en la indagación llevada a cabo no se encontró que ningún justo de la época respondiera al nombre de El humilde Nataniel, aunque, añadió (reticencia que determinó la suerte de su anuncio) podría ser que el complemento «el humilde» que acompañaba al nombre del justo nos informara de su modestia, igual que el humilde Janan, nieto de Joni Hameagel, llamado de ese modo por su extrema sencillez, así que no había que oponerse absolutamente a la posibilidad de que El humilde Nataniel no fuera tan desvalido como para que no se preocupara en destruir toda prueba escrita de su honestidad. Ni tan sólo sirvió de gran cosa el artículo publicado en un periódico local en el que se ponía de manifiesto que Yirmiahu Yitsjaki se había dirigido al contratista de El manantial del Orgullo para pedir que le hiciera un descuento especial para comprar una casa en el barrio; y al recibir una respuesta negativa, hizo pública su visión.

Los habitantes de la ciudad se asustaron ante unas revelaciones como aquellas. A lo largo de la dilatada historia de la ciudad se habían producido con la frecuencia de los temblores de tierra y formaban parte inseparable de su patrimonio. Además, aquel que dudase de las intenciones de Yirmiahu Yitsjaki dejaría de comprar una casa porque a lo mejor en el futuro no podría venderla, si es que llegaba a cumplirse la amenaza de El humilde Nataniel.

Todo aquello, a Abraham Danino, lo sulfuraba. En un pasado

no muy lejano, también él había sido devoto de las ceremonias que tenían lugar alrededor de las tumbas de los justos. Encendía velas. Ataba telas y bolsas de plástico. Pedía deseos. En especial deseaba que los cielos le concedieran uno solo, muy personal, suyo y de su esposa. Pero sucedió lo que sucedió con Bebé y entonces abrió una cuenta personal con todos aquellos muertos justos. Y esperó pacientemente para saldarla.

No bien recibió de los rabinos la bendición para la operación, se hizo en secreto un lento ritual alrededor de la casa de Yirmiahu Yitsjaki: botellas con su bendición para vender, cojines con su imagen estampada. Danino se dirigió al contratista desesperado y éste estuvo de acuerdo en asignar un presupuesto especial con el propósito de adecuar las casas para que pudieran entrar los nuevos inquilinos. Conmigo, los nuevos inmigrantes no se pudrirán durante meses en los centros de absorción, pensaba con orgullo. Descenderán de los autobuses y allí mismo recibirán las llaves de su nuevo hogar, se decía.

Pero los autobuses tardaban en llegar. Habían transcurrido tres horas del tiempo fijado y todavía no asomaban por el horizonte. Los alumnos de la escuelas dejaron a un lado sus pancartas y volvieron a sus peleas de chicos, los jubilados disfrazados de soldados del ejército rojo se quitaron los uniformes y volvieron a su residencia para no perderse el almuerzo, los vendedores ambulantes rebajaron los precios pero incluso cuatro-panochas-por diez no las compró nadie y, como siempre en momentos de desánimo y aburrimiento, los rumores no tardaron en propagarse: se dijo que los inmigrantes más piadosos habían exigido detenerse ante las tumbas de los justos diseminadas por el camino y que se retrasaban porque cada uno de ellos había querido postrarse ante cada tumba. También se dijo que había habido un accidente de tráfico mortal y que, como consecuencia de ello, el autobús había embarrancado en el lecho del río. Se hicieron conjeturas más modestas, como que, en el último instante, al ver las pobres casas

de la ciudad y su anticuado centro comercial, habían obligado al conductor a que los llevara a una ciudad con un centro comercial digno de ese nombre.

A las diez de la noche, diez horas más tarde del tiempo fijado, subió cuesta arriba un autobús solitario. Aparte de dos hombres de rostro cetrino, con trajes todavía más arrugados de lo que lo estaban al mediodía, en la calle principal no había nadie; estaba completamente vacía y un viento fuerte y gélido retorció los carteles de «Bienvenidos» olvidados en los bordes del camino y el sonido de la música que aún resonaba en el aire. El alcalde y Ben Zuck se acercaron con pasos vacilantes al aparcamiento. El alcalde sentía los latidos del corazón en las sienes, en los hombros y en un punto de la parte baja de la espalda que no sabía que pudiera latir. Sacó la mano derecha del pantalón y esperó con impaciencia y ojos brillantes el movimiento de giro que indicaba que la puerta se abría.

* * *

Katia le pidió a Antón sentarse junto a la ventanilla y él, como siempre, aceptó la petición. Deseaba mucho contemplar el camino, grabar en su memoria cada arbusto, cada poste indicador, todo aquello que tuviera que ver con la llegada de los inmigrantes, pero cuando hacía ya un rato que el autobús se había puesto en marcha, los ojos se le cerraron con las largas pestañas que tanto maravillaban a Antón. Antes de hundirse en su asiento tuvo tiempo de ver algunos viñedos maravillosos y a un animal aplastado en la carretera; no sabía si se trataba de un perro o si era que los zorros tenían aquel aspecto allí. ¡Mal augurio! ¡Un animal muerto en el camino es de mal agüero! La voz de su madre, en paz descansa, le taladraba los oídos y logró hacerla callar, pero no del todo, porque es difícil enmudecer completamente la voz interior del pavor, y siguió acompañándola también en el acceso de sueño en el que se sumió: iba en tranvía por su ciudad natal con quien fuera su primer marido cuando, de pronto, sin que hubiera